

Inmediatamente marcharon las tropas de la colonia á Swanzey, donde en breve se les incorporó un destacamento de Massachusetts. Viéndose precisados á huir los indios, señalaron su fuga con el incendio de las casas y plantaciones que encontraron al paso, dejando además colgadas en pértigas, que clavaron á orillas del camino, las manos, cabelleras y cabezas de los blancos que habian asesinado. Persiguiéronles las tropas durante algun tiempo; pero no pudiendo alcanzarlos, regresaron á Swanzey. Alarmada toda la comarca, fué aumentando el número de soldados. En vista de aquel alarde de fuerza, tuvo Philip que abandonar su residencia de Monte-Esperanza, tomando posicion cerca de un pantano en Pocasset. Atacáronle allí los ingleses, y fueron rechazados, quedando sin vida en el combate diez y seis de ellos. Envalentonados los indios con aquella victoria, adquirieron nueva osadía. Un terror pánico se apoderó de los colonos: creian ver fatales presagios de mayores calamidades en el aire y en los cielos; negros escuadrones de aligeros corceles, cabelleras de indios y arcos estampados en el sol y en la luna, y aun el mismo zumbido del viento en los bosques y el fatídico aullido de los lobos, aterrorizaban su exaltada imaginacion. Los campesinos, por su parte, buscaban un refugio seguro en las poblaciones, donde propagaban espantosas noticias de las crueles atrocidades de los salvajes.

Entretanto, estendíase la guerra por las fronteras de Connecticut, Massachusetts, y aun por las del Nuevo-Hampshire. Las aldeas estaban aisladas, mediando entre ellas grandes baldíos. Vivian los indios mezclados entre los blancos, y como conocian todos los rincones y guaridas, podian caer repentinamente sobre cualquier caserío ó establecimiento que se propusieran destruir. Muchos

europeos murieron á tiros, al abrir sus ventanas por la mañana, pues los indigenas habian adquirido armas de fuego y aprendido el modo de manejarlas. Tambien mataron del mismo modo á bastantes colonos, ora en el campo, ora mientras viajaban, ó cuando se dirigian á los templos. En la imposibilidad de labrar sus tierras, veíanse espuestos los cultivadores á perecer de hambre, al paso que los enemigos saqueaban los convoyes de provisiones enviados para socorrerlos, siendo arrolladas y pasadas á cuchillo las escoltas en continuas emboscadas. Tal fué la triste suerte del valiente Lathrop, en el sitio que aun conserva el nombre de *Bloody Brook* (Arroyo de sangre). En una ocasion, en Hadley, mientras estaba el vecindario ocupado en el servicio divino, invadieron los indios la aldea: ante la inesperada llegada de los salvajes, el terror y la confusion habian llegado á su colmo, cuando apareció repentinamente un hombre de venerable presencia, que reuniendo á los despavoridos habitantes, los formó en batalla; guiólos al ataque, y derrotando á los indios, salvó á la poblacion de su total ruina, desapareciendo despues como por encanto, cual á los ojos de los colonos se presentara en el momento del peligro. Pasmados y agradecidos los vecinos, y en la imposibilidad de descubrir rastro alguno de su libertador, supusieron que era un ángel que Dios les enviara en aquel duro trance. Empero, no era un ángel, sino uno de los generales de Cromwell, el anciano Goffe el regicida, quien precisado á llevar una vida errante, á causa de las incesantes pesquisas practicadas por orden del gobierno inglés para apoderarse de su persona, habia observado desde una cueva elevada del contorno la aproximacion de los salvajes, y bajó presuroso para prestar auxilio á los aterrorizados colonos.

Durante el verano, teniendo los indios la ventaja de esconderse en los buques y selvas, pudieron continuar aquella penosa y destructora guerra; pero cuando con la llegada del invierno clarearon los bosques, lograron los colonos, por un vigoroso esfuerzo, reunir unos mil hombres, y determinaron dar un golpe decisivo. Josiah Winslow, de Plymouth, fué nombrado comandante en jefe de aquellas fuerzas. El 18 de diciembre reuniéronse las tropas en el territorio de los Narragansetts, que habian acogido al enemigo, y tras una larga y penosa marcha en medio de las nieves, y despues de haber pasado una noche en los bosques, se aproximaron á la plaza fuerte ocupada por la tribu que iban á atacar. Seria entonces la una. Habianse atrincherado los indios en un cerrillo, en medio de un pantano cercado de empalizadas. Roto el fuego, todos los jefes de los asaltantes fueron muertos á balazos, mientras avanzaban á paso de carga; pero esto no hizo sino escitar en sumo grado la desesperada resolucion de los colonos, quienes despues de forzar la entrada á viva fuerza, y de haber sido rechazados, tras un fiero combate que duró cerca de dos horas, se arrojaron furiosos sobre las fortificaciones de los salvajes, y animados únicamente por el deseo de vengar la sangre de sus hermanos asesinados, sin que sirvieran de nada las súplicas y lamentos de los indios, incendiaron el atrincheramiento, donde centenares de mujeres y niños perecieron en medio de las llamas, siendo presa de ellas todas las provisiones que tenian acopiadas para el invierno. Quemáronse tambien sus wigwams, y los que escaparon del fuego y la cuchilla, erraron miserablemente por los bosques pereciendo de frio y hambre. Fué el combate mas encarnizado de que se conserva memoria en los primitivos anales del pais; pero tambien fué decisiva la victoria.

Quedaron tendidos en el campo de batalla mil guerreros indios: trescientos mas, y otras tantas mujeres y niños, fueron hechos prisioneros. Cara les costó la victoria á los colonos; tuvieron seis jefes y ochenta soldados muertos, con ciento cincuenta heridos.

Desesperados los indios, dieron curso á su ira, descargándola sobre cuanto encontraban á su alcance. Empero quedaba destruida su pujanza, y no se tardó mucho sin que empezaran á perderse de vista. Únicamente los caudillos Philip y Canonchet, **1667.** *sachem* de los Narragansetts, se negaron á rendirse, prefiriendo este último la muerte á tratar de paces con los blancos. El desventurado Philip, promovedor de la guerra, anduvo errante de tribu en tribu, acosado por las reprimaciones y denuestos con que le agobiaban por la miseria que habia ocasionado á sus hermanos, rebosando su corazon de amargura. Preciado por fin á regresar á sus antiguas guaridas, donde le sostenia Witamo, pariente suyo y jefe de una tribu, fué atacado nuevamente por los colonos, que llevaron cautivos á su mujer é hijo, y poco tiempo despues fué muerto alevosamente de un balazo disparado por uno de sus partidarios que se habia pasado á los ingleses. Así pereció Philip de Pokanoket, quien bajo mas de un concepto era digno de mejor suerte: su hijo fué enviado á la Bermuda, donde le vendieron como esclavo.

Bien recibida, por cierto, fué la paz que siguió á estos sucesos, pues se habian quemado próximamente mil casas, y robado ó destruido mercancías y ganados de gran valor. Tambien habian contraido las colonias una cuantiosa deuda; pero con su característico orgullo de independencia, se guardaron muy bien los colonos de implorar á la madre patria para que les ayudase á aligerarla.

En 1680, constituyóse Nuevo-Hampshire

en colonia separada, á instancia de John Mason, á cuyo antecesor habia sido otorgada una parte del territorio. Temeroso **1680.** Massachusetts de perder igualmente el Maine, compró á los herederos de Gorges su derecho á la posesion de aquel suelo, por unos 6,000 pesos fuertes.

Continuando los colonos eludiendo los decretos relativos al comercio, fundándose en que no eran sino violaciones de sus privilegios, envióse en julio de 1680 á Edward Randolph, como recaudador de los reales derechos y al propio tiempo para obligar al cumplimiento de dichos decretos. No estando prevenidos los magistrados de su comision, negáronse á dejársele desempeñar, viéndose precisado á regresar á Inglaterra; mas tardó

1682. poco en volver, presentando en febrero de 1682 una real carta que intimaba perentoriamente se mandasen desde luego agentes á Inglaterra, con plenos poderes para gestionar en nombre de las colonias.

Toda resistencia era inútil, por mas que los jefes no quisiesen ceder, y no hubo esfuerzo que no practicasen, empleando hasta el soborno, para conseguir que el rey se les mostrase propicio, sin renunciar por **1683.** eso á ninguno de sus derechos; pero todo fué en balde. Espidióse en Inglaterra un *scire facias*, y en 1684 se declaró confiscada la carta. Los derechos y libertades de Massachusetts, por tan largo tiempo disfrutados y tan entrañablemente queridos, quedaron á merced de Carlos II, quien meditaba, segun es sabido, las mas serias y fundamentales innovaciones, y que bajó á la tumba sin poder realizar ninguna.

Establecióse entonces un gobierno provisional, nombrando al efecto á Joseph Dudley, hijo del primer gobernador; pero **1686.** poco despues, en 1686, Jacobo II colocó á Sir Edmund Andros al frente de la

direccion de las colonias. Este funcionario llegó á América perfectamente preparado para llevar á cabo los arbitrarios y tiránicos designios del último de los Estuardos, llevando consigo, en la fragata de la marina real en que se embarcara, dos compañías de tropa para sostener su autoridad si fuese necesario. Aparte de otras atribuciones, tenia plenos poderes para destituir y nombrar los miembros del Consejo segun su voluntad, y de acuerdo con esta corporacion, así supeeditada por él, imponer contribuciones, hacer leyes y convocar la milicia, siendo sus subordinados gente de su entera devocion. Dudley fué nombrado primer magistrado, y Randolph, aquel antiguo antagonista de la teocracia, que habia perseverado durante años enteros en su hostilidad, haciendo cuanto pudo para humillar el orgullo de sus enemigos, obtuvo el cargo de secretario colonial. Sujeta la prensa á su prévia censura, habia sido ya amordazada, acabando por hacerla enmudecer.

Connecticut y Rhode-Island gemian bajo el imperio del mismo gobierno arbitrario. Espidióse un decreto de *quo warranto*, y se trasladó Andros á Hartford, para reclamar de la Asamblea la entrega de la carta, llegando en el momento en que aquella celebraba sesion. «Este cuerpo político, dice Trumbull, mostróse poco predispuesto, y aun procedió con suma lentitud á resolverse á tal entrega, y á tomar acuerdo alguno **1687.** sobre la peticion de Andros. Refiérese que el gobernador Treat representó con vehemencia los cuantiosos gastos hechos por los colonos, y sus improbos trabajos para establecerse en el pais; la sangre que habian derramado y los tesoros invertidos en defenderlo contra los salvajes y los extranjeros; las desventuras y peligros á que se vieron espuestos para alcanzar todo esto, añadiendo

que era dar su propia vida, si entregaban la patente y los privilegios que á tan alto precio habian comprado, y que por tanto tiempo disfrutaran. Debatíose largamente este importante asunto, suspendiéndose luego la discusion hasta el anochecer, hora en que se trajo la carta y se puso sobre la mesa ante la cual estaba reunida la Asamblea. Habíase juntado mucha gente del pueblo, y entre ella se encontraban hombres bastante atrevidos para emprender cuanto se juzgase conveniente en aquellas circunstancias. De improviso, se apagaron las luces, y el capitán Wadsworth, retiró sigilosamente la carta, y fué á ocultarla en el hueco de un árbol corpulento plantado frente á la casa del muy ilustre Samuel Wyllys, que era entonces uno de los magistrados de la colonia. La actitud del pueblo era pacífica: iluminóse nuevamente la sala de sesiones; pero la patente habia desaparecido, y no pudo descubrirse su paradero, ni

la persona que la habia sustraído (*).» A pesar de todo lo ocurrido, Andros declaró confiscada la carta, escribiendo al pié de las actas de aquella sesion esta espresiva palabra: FINIS.

No pudo continuar Andros por largo tiempo en su arbitrario gobierno, porque el infatuado Jacobo II fué rápidamente arrastrado á la crisis que le hizo perder el trono, y que produjo la revolucion de 1688, muy distinta de las que hasta entonces se habian verificado en Inglaterra, pues sin derramamiento de sangre, dió lugar á un cambio completo en los negocios públicos, no solo en lo interior del reino, sino tambien en las colonias dependientes de la corona inglesa. Andros siguió en su caida al débil tirano su amo y señor, y este inesperado suceso llenó de alegría á los habitantes de Massachusetts.

(*) *Historia de Connecticut*, por Trumbull, págs. 371 y 372.